

Testimonio de la Hermana Dusmay Oviedo, HC.

El 12 de Enero del 2010 el mundo entero se sintió estremecido ante la noticia del terremoto ocurrido en Haití, evento tan inesperado que sorprendió a miles de personas al caer la tarde e iniciarse la noche. Recuerdo decir a sor Fara González que de su interior brotaba un deseo que también en mi interior habitaba: el poder ayudar, pero también partir hacia allá. Era algo que no dependía solo de nuestro deseo o del permiso de la Casa Madre. Todo se fue dando según el querer de Dios y a pasos agigantados. Una de las preguntas que más se hacían las personas: ¿Por qué Haití, siendo un país tan pobre?

Ante tal suceso no dejo de reconocer que me asaltaba el temor a lo desconocido, el ¿cómo será, y qué me voy a encontrar? En la Provincia estaba ya el querer dar desde la pobreza y en nosotras la disponibilidad de brindar lo que tenemos y hacer lo que podemos; el ser obedientes a lo que se nos estaba pidiendo; además no teníamos la garantía del lenguaje. Lo primero que me impresionó al llegar fue

ver cómo desde el avión solo se veían las luces de la pista de aterrizaje; el país estaba oscuro, era el preámbulo de lo que después me iría encontrado, una realidad de pobreza ya existente y agravada por el terremoto, las casas destruidas, los centros comerciales caídos, los ministerios... ¡tantos lugares! Lo que más dolor hacía sentir era la Catedral, las Iglesias, los Colegios y las Universidades, el campanario de la Casa Provincial y el colegio de la misma. Dios tiene su momento, si hubiera partido la primera vez que nos llamaron no hubiera soportado tanto dolor y sufrimiento.

Aquello que podía ser desánimo, parálisis y desesperanza no fue obstáculo para que muchos países se desbordaran en generosidad, enviando ayudas de todo tipo (alimentos, medicamentos, equipos, personal de salud y voluntarios, casas de campaña, entre otros). De la misma manera fueron llegando hermanas de España, Estados Unidos, Hungría, Inglaterra, Colombia, México, Italia, Santo Domingo, Uruguay, Paraguay, Islas Guadalupe, Francia y Cuba, además de las que allí estaban de Puerto Rico, Brasil, Salvador, Eslovenia, Polonia, y nuestras hermanas haitianas. Una gran comunidad internacional con un mismo deseo de servir, un mismo espíritu era el que nos animaba.

Lo más urgente era asistir a los enfermos y heridos en las consultas en las casas de campaña, servicio que no duró mucho por la realidad del país y por seguridad; poco a poco se fueron abriendo otros servicios según las necesidades que veíamos y escuchábamos: visitas a los campos de refugiados, distribución de alimentos, ropas, asistencia médica; servicio que constantemente se evaluaba con el fin de hacerlos con calidad y desde la caridad. Al ver las necesidades de los que viven en las montañas y fuera de la ciudad, se abre la misión en Meller y zonas aledañas. Las pocas condiciones, las necesidades, el clima, la nostalgia y el cansancio del día no dejaban que el buen espíritu se apagara.

Algo que nos alimentaba siempre: la oración, la misa diaria, el rezo del rosario en comunidad y el deseo de aportar lo mejor de nosotras a la comunidad con una actitud de servicio; por mi parte agradezco la cercanía, los detalles, la escucha, el respeto y la apertura de las

hermanas, y también me sabía sostenida por las hermanas de mi provincia, mi familia y otras personas que de buena voluntad me mantenían en sus oraciones y se hacían presentes de alguna manera u otra, la Vida Consagrada la comunidad eclesial que a diario nos presentaba ante el Padre. Dios no dejaba de hablar, se hacía presente en la fe del pueblo, en la boca de tantas personas que invocaban el nombre de Jesús, en la acción de gracias por la vida, en las imágenes del crucificado que quedaron en pie después del terremoto.

Dios se encarna en las personas que sufren como es en la vida de la pequeña Rosita, abandonada sin nombre y sin familia; en los rostros sensibles a los gestos de cariño. Ya la lengua no era obstáculo, ya nuestras necesidades no eran nada frente a lo que veíamos a diario. Puedo decir que la experiencia ha sido fuerte, pero también ha sido regalo inmerecido de Dios, espacio donde su gracia se ha manifestado.

Experiencia de intercongregacionalidad

Dentro de aquella realidad tan fuerte, se unieron más las relaciones entre las diferentes comunidades religiosas, pues se compartían las ayudas y nos auxiliábamos mutuamente con gran generosidad y sin dilación, intercambiábamos las experiencias vividas y nos animábamos espiritualmente. Trabajamos con los Hermanos Misioneros de la Caridad, en un lugar llamado Pelé, una de las zonas superpobladas de Puerto Príncipe donde el índice de personas con VIH y TB es elevado; allí los hermanos tienen un hospital donde atienden personas con dichas enfermedades en estado terminal, servicio que se abrió para acoger también a las víctimas del terremoto.

Allí brindábamos asistencia médica a los casos del hospital y los que llegaban de fuera, leche, algunas ropas y algún que otro calzado en coordinación con el centro de salud que atienden las hermanas en Cité Soleil para el seguimiento de cada caso; nos ayudaban con la organización del trabajo, nos facilitaban los medios para poder trabajar como los test de diagnósticos de VIH, ingreso de ser necesario y su posterior ubicación en el hospital, medicamentos. Ha sido una riqueza complementarnos y compartir conocimiento, cultura, fe, la misma sensibili-

dad ante las realidades de pobreza que se presentaban y el querer dar respuestas a las mismas con caridad, esto es, servir juntos, encarnar el Evangelio cada uno desde su propio carisma, haciendo lo mismo que Jesús hizo: *el bien*.